

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Lagar núm. 5.

NÚM. 43

Sevilla—Jueves 20 de Febrero de 1902

AÑO XXVI

Sin asuntos

No somos nosotros los que no tenemos asuntos de qué tratar. Son los miembros que componen el cuerpo legislativo; es el Senado que tiene vacaciones un día sí y otro también, por no tener a la orden del día asuntos pendientes ni cosa mayor de qué ocuparse; y como cuando los hay algún senador mal humorado ó quisquilloso pide que se cuente el número, también los padres graves se ven precisados á suspender su tarea, porque no hay los suficientes senadores para votar leyes, y algunos días falta número hasta para abrir la sesión y aprobar el acta.

Esto, que parece inverosímil á muchos lectores, que ven el afán con que se disputan los escaños senatoriales en las elecciones y los medios é influencias que se utilizan para triunfar ó para alcanzar el puesto de real nombramiento que de por vida les haga usufructuarios del ejercicio de la función legislativa, es, sin embargo, una triste, una amarguísima verdad que reflejan con harta frecuencia las columnas de la prensa diaria con el obligado: «ayer no celebró sesión el Senado, por falta de número de señores senadores,» ó ésta otra: «mañana no hay sesión en el Senado por falta de asuntos de qué tratar.»

Y cuando esto se dice, ó cuando aquello ocurre, hay pendientes generalmente de discusión ó de aprobación, diez ó doce proyectos de ley de importancia decisiva, otros asuntos corrientes y una fila interminable de proposiciones de ley, de preguntas, de reclamaciones, etc., etc. ¿Por qué será esto? se preguntarán. Por lo que aquí suceden todas las cosas; porque los senadores no asisten con puntualidad, como señores mayores, que se cuidan machos en estos crueles días de invierno, y que en primavera y en otoño tienen que disfrutar de los aires y darse sus paseitos, y en verano atender en balnearios y en focas de recreo ó viajes de placer para conservar su senatorial persona.

Porque los gobiernos, unas veces carecen de autoridad para excitar con éxito el celo de los buenos próceres, y otras dejan hacer, porque así conviene á sus intereses políticos, y en muy raras ocasiones, les conviene prolongar indefinidamente en las secciones tal ó cual proyecto para evitarse complicaciones, para conjurar una crisis ó para zurcir voluntades y limar asperezas de este rebelde ó de aquel descontento; porque el régimen de comisiones, que puede ser muy bueno, pero que á nosotros nos parece detestable tal como está constituido, es la eterna señora que dificulta la acción parlamentaria y legislativa, sirviendo casi siempre los intereses del Gobierno.

Por esto, cuando se anuncia en los consejos de ministros y cuando se insertan en la Gaceta proyectos de ley con el consabido decreto, y los ministros declaran que tienen mucho interés en su aprobación, y que se va á convertir en ley en plazo brevísimo, y se anuncia á todos los vientos de la publicidad las beneficencias que va á reportar al país, generalmente responde el Senado ó el Congreso con no celebrar sesión por falta de número.

Ejemplo: las leyes de Gracia y Justicia, jurado, poder judicial, responsabilidad judicial, ley de Enjuiciamiento criminal, reforma del Código penal. ¿Qué ha sido de ellas? Reformas de Instrucción pública, planes de caminos y carreteras y obras públicas de conveniencia nacional. ¿Dónde están esas reformas? El proyecto de instrucción militar, el proyecto de circulación fiduciaria y transformación del Banco.

Duermen en las respectivas comisiones, y con ellos descansan el eterno sueño de los justos muchas proposiciones de ley y otros proyectos útiles; pero el Senado no puede celebrar sesión por falta de asuntos.

Este es el régimen.

A. A.

Nota del día

Cuatro pilluelos, de caritas sonrientes pero sucias y feas, como moldeadas de muy mal humor y con malos materiales, jugaban en medio de la corriente.

Los cuatro juntos sumaban hasta cuarenta años, que, divididos por cuatro, es claro que caben á diez.

El uno era... colillero.

El otro, y el otro, y el otro... ídem.

Nolo podían negar, porque todos cuatro llevaban el signo, la marca, el marchamo de su industria: la lata.

Los industriales y la industria se compaginaban admirable y graciosamente.

Las colillas son materia residuaria; esto es, residuos de lo que fué.

Y los pilluelos... materia residuaria también: detritus que tienen su conformación, su génesis, en el acaso, obedeciendo unas veces á la violencia de la animalidad hombruna, y otras á la debilidad femenil.

Todo está explicado, indudablemente mal y nebulosamente, pero no tanto que se deje de comprender.

En cambio, lo que no se puede comprender, lo que yo no me puedo explicar, es que la sociedad culta y decente, caritativa y aseada, que cuida de que en el último rincón de la casa no haya una telaraña siquiera, ni en su vestido una mancha, ni en su conducta una mella, ni una falla en la hilazón de la ley, ni una maca en la bien urdida tela de su conducta, pase tranquilamente, sin el menor asomo de piedad y de conmiseración, junto á esos pilluelos, sin enfrenarlos con la educación, sin mantenerlos con el pan de cada día, sin amenazarlos con el sauto temor á Dios y... á la guardia civil.

O todos somos hermanos, ó aquí cada uno va á lo que pueda coger sin permiso ó con permiso del ordinario.

—¡Pues eso es!...

¡Ah! Pues ¡si es eso, ¿de qué se quejan esos señores cuando sienten que el edificio social amenaza ruina?

Consecuencias del egoísmo, de la avaricia, de la inhumanidad de las clases representativas, de ese Sinaf en el que se dictan las tablas de la ley.

Hay que higienizar las cloacas sociales para que pueda surgir el nuevo mundo social.

Porque, este viejo, ¡no tiene cura!

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

Declame esta mañana un amigo, hablando de los sucesos de Barcelona:

—¿Quiénes son los que luchan? El hijo del pobre vestido de soldado contra el hijo del pobre vestido de blusa.

Dándose el caso verdaderamente íntame, de que aquellos que provocan los sucesos son los que permanecen tranquilos, aguardando que el pueblo se despedace entre sí.

Eso está sucediendo en Barcelona, y eso sucederá mañana en cualquiera otra ciudad.

Es una aberración consuetudinaria que lleva á la sociedad al mayor de los crímenes: á matarse los corderos por guardar la vida de los lobos.

Y no hay que darle vueltas.

Tanta confianza tienen los lobos en que los corderos se despedazarán entre sí, que... ahí tenéis el Congreso español.

El lobo viejo, Sr. Sagasta, se entretiene en hacer chistes, en tanto los mansos corderillos riegan con su sangre las calles de Barcelona defendiendo el derecho la á vida.

Un muerto y otro muerto y otro muerto...

—¿Pero qué es lo que se defiende aquí?

—¡El orden!... El orden para los de abajo.

Los de arriba tienen carta blanca para perturbarlo en las relaciones comerciales, en el mecanismo gubernamental, en el fuero de las ideas, en las costumbres de los pueblos, ¡en todo, en todo!

Visto el estado actual desapasionadamente, se ve de una manera clara y precisa que el desorden de abajo no es sino natural consecuencia del desorden de arriba.

El río asola los campos y devasta las mie-

ses porque los arroyos engrosan y fuerzan el caudal del río.

Y en esta situación inequívoca nos encontramos, con Barcelona convertida en un campamento; con Valencia dispuesta á ejercer un acto de solidaridad con su hermana la capital de Cataluña; y con todos los centros industriales en un estado indeciso, sintiendo el continuo malestar del organismo nación.

Es probado que si la cabeza anda mala, el cuerpo no ha de estar contento; y si, por el contrario, el cuerpo se queja, la cabeza habrá de sentir alguna desazón.

Es así que un estado tan anómalo como el que estamos sufriendo no afecta solamente á la parte dañada, sino que ha de trascender á todo el organismo nacional, aun cuando éste se crea libre, por ahora, del contagio.

Para evitar, no sé si mayores males, ó para ahorrarnos discusiones acaloradas, el Gobierno ha echado mano al socorrido sistema de implantar la censura... No se dejan transmitir otras noticias por el telégrafo que aquellas que dicen: «Sucesos sin importancia. Tranquilidad completa. A nosotros no nos ha tocado ninguna china.»

¿A qué entristecer á la nación, esto es, á la parte de nación que vive en paz y en armonía preparando los festejos para la primavera próxima?

Por lo que respecta á nosotros los sevillanos, deberíamos mandarle á Sagasta un mensaje de adhesión.

Su sistema nos conviene.

Ahora estamos entretenidos en convocar á los zamacucos que han de prepararnos el festival de la Semana Santa, para que nos digan por cuánto dinero van á sacar en procesión su Cristo respectivo y sus Virgenes artísticas, madres todas del Dios hombre, milagrosas hasta el último grado, pero... que jamás hacen el milagro de buscarte el dinero necesario para el culto á sus cofrades, sino que éstos han de verse obligados anualmente á ir á pedirselo á la municipalidad, corporación eminentemente administrativa que padece desde *ab inito* el lobanillo católico, que la empobrece, la sangra y la pone tísica.

Porque aquí las creencias religiosas se arraigan en los corazones según la cuota ó subvención que el Ayuntamiento señala.

¿Hay prodigalidad?... Se les lava la cara á las imágenes y se las compra trapitos nuevos, conservando en caja, como es natural, un remanente para poder atender á las enfermedades de las efigies.

¿Hay tacañería?... Las procesiones salen como los entierros de pobres: á toda carrera, el cura en chancas y... ¡al avión!

—Poco dinero, poco memento—que decía María Cazuela.

El Santo Padre está malo...

No será por nuestra culpa, ¡que aquí no nos acordamos siquiera de su casulla!

Escena doméstica entre emperadores:

«La escena ocurre en Berlín, y un padre entra en la sala de estudio de sus hijos pequeños, les reprende y acaba por encojecerlos, provocando un diluvio de lágrimas en los ojos infantiles.

Acude la madre y encuentra á los chiquillos escondidos en los rincones de la habitación, llorando sin consuelo, y á su marido recorriendo la estancia con gran agitación y gritando:

—¡Quiero que se me obedezca! ¡Yo soy el amo!

—¡No!—contesta restreñidamente la esposa, apesar de su notoria timidez.—Tú eres el amo en tu reino, pero aquí no hay más que una ama, y esa soy yo.

«Quiénes son los actores de esta vulgar escena de familia? El matrimonio más ilustre de Alemania: el emperador Guillermo II y la emperatriz Augusta Victoria.»

Pues si eso sucede entre el matrimonio más ilustre, ¿qué no sucederá entre los menos ilustres?

La cantidad del hogar en todas partes, y en todas las regiones, tiene sus inconveniencias.

Estos cuatro párrafos que voy á copiar á continuación son del discurso pronunciado por Alejandro Lerroux en el Congreso.

Tienen migas:

«Un capitalista fué interrogado sobre el modo cómo había adquirido su fortuna, y contestó que la había heredado de su padre. Se buscó el origen de esa fortuna y se vió que los antecesores del capitalista interrogado LA HABIAN ROBADO. (Grandes rumores.)

En el régimen actual se persigue al obrero que emite determinados conceptos en un mitin, y en cambio se deja en libertad al presbítero que desde el púlpito infringe la ley.

Con las medidas de represión no se resuelve el conflicto de Barcelona. Si el ejército hace armas contra el pueblo, será porque se le mande que cometa un fratricidio.

Si se sigue así, el Gobierno no preparará las albricias, sino los funerales del nuevo reinado. (Grandes rumores.)

Un rosicler con gasas negras, blandones, gorigüeos y lágrimas de verdad.

Porque éstas no van á ser alquiladas.

En el manifiesto publicado por las clases obreras de Barcelona para acordar el paro, se leen los párrafos siguientes:

«¡Arriba, compañeros y pueblo honrado! Paremos todos nuestras faenas, desde el barrendero al maquinista; del criado doméstico al tipógrafo, al dependiente del comercio, á todos, en fin, los que trabajan. ¡Que nadie se mueva, que todo cese, y á la negativa de los vampiros acudados responda el vacío, el silencio y el hambre para todos!

Sin comida, bebida, luz ni limpieza, capitularán nuestros enemigos.

Muchísimos compañeros estamos decididos á soportar esta nueva Cuarentena, que alcance á todos para lograr un destello de dignidad y de mejora á la pesadumbre que nos degrada y el derecho á vivir que nos roban.

Por consecuencia, ¡alto las faenas! pare el trabajo desde mañana mismo, y demostraremos á las clases directoras y capitalistas que sin el obrero, á quien desprecian, no es posible la vida social.»

Como no es posible la vida animal sin la sangre que circula por las venas, y á la que atiende, en primer lugar, el cirujano.

Pero aquí se da el caso contrario: el cirujano gubernamental atiende al cuerpo y deja que la sangre se corrompa ó se extinga.

¡Y así estamos!

Todas las casas de Banca de Barcelona se cuentan custodiadas por la tropa... ¡En ellas el orden reina! Que corra la sangre ardiente por las calles y plazuelas; cunde el desorden... los tiros al pecho y á la cabeza; pero que duerman tranquilos los billetes, las pesetas... ¡son los que tienen la culpa de este desorden que reina!...

Dice un telegrama de Barcelona, acabadito de llegar:

«La gravedad de los sucesos que se desarrollan en Barcelona ha introducido el pánico en los conventos al extremo de que muchas religiosas, desconfiando de la seguridad que ofrecen las autoridades, han abandonado el claustro para buscar más seguro refugio.

Esto indica que, aunque ninguna noticia se ha tenido de atentado contra los conventos y asociaciones religiosas, debe haber habido algunos ó á lo menos temerse que ocurran.»

¡Pero qué poca fe tienen en Dios, lo mismo sus esposas que sus ministros!

Hijas mías: si la cólera divina no va más que contra los malos, contra los pecadores empedernidos.

Vosotros estáis en gracia de Dios: ¡cómo va El á consentir que os atropellen!

CARRASQUILLA.

Señor... ¡Deme usted un mixto!

No sé si en las demás poblaciones de Galicia sucederá lo mismo; pero por lo que á Santiago de Compostela toca, puedo afirmar, porque lo he visto y lo veo todos los días, que la característica de esta ciudad muerta, fría, silenciosa, triste, digna por más de un concepto de que el genio de Poe la hubiese inmortalizado con una de sus fantásticas creaciones que crisan los nervios, consiste en una petición eterna, de todos los instantes, que se oye en todas partes y á todas horas, salida de labios infantiles:

—¡Señor, deme usted un mixto!

—¡Señor, deme usted una cerilla!

No creáis que exagero. Tengo algo dentro de mí que me obliga imperiosamente á satisfacer esas mil pequeñas súplicas que, en forma algo irónica, como si presintieran ya la negativa más absoluta, os hacen en la calle los niños, los golfos, los hijos del arroyo. No he podido todavía convencerme, llegar á la evidencia de que *lo mio es mio*... y no sé si mi instinto, ó una reminiscencia de remordimiento me impelen á no

negar esas cosas. ¡Qué sé yo!... pero se me figura que robo algo, que cometo un crimen no dándole lo que en aquel momento constituye, ó por lo menos puede contribuir á su felicidad.

Recuerdo que una noche, pasando por la plaza de Isabel II en Madrid, de un grupo de *golfos* se destacó uno que con un gesto de audacia soberana que debió parecerse á la cara de César cuando dijo *¡Alca jacta est!* me alargó una mano diciendo.

—Señorito, déme usted un pitillo.

Lo inusitado de la petición, la prisa que yo llevaba y algo de cierto orgullo personal que brotó de mi corazón al oír el tono un tanto autoritario de la petición, influyeron en mi ánimo... y no se lo dí. Pues bien; al cabo de un rato, la conciencia me recordaba, se me representaba la alegría del muchacho si hubiera accedido á su deseo y no podía menos de pensar que yo, que llevaba la petaca llena, había tenido valor para negar un pitillo, es decir, la dicha del momento para un prójimo, para un hermano, que le gustaría fumar tanto como á mí y que no tenía dinero para comprar tabaco... Y en resumen: hasta que no volví de mis pasos, llegué al grupo y dí á aquel muchacho dos ó tres cigarrillos, no tuve la conciencia tranquila.

Todo esto viene... sencillamente á asegurar á ustedes que hoy he gastado, de mi casa á la cátedra, muy cerca de una caja de cerillas en satisfacer exigencias de más de treinta ciudadanos en agraz, que ya me conocen y saben que no les niego el *mixto* que me piden... Si esto sigue así, voy á llegar á ser uno de los clientes principales de la Arrendataria...

Y... esa petición es todo un símbolo. ¡Sí! Un símbolo completo de lo que necesita Galicia. La cerilla es luz, la cerilla es calor, la cerilla es ruido, la cerilla es grasa...

¡Ah! Si yo mandara sobre los caciques gallegos, si yo tuviera poder sobre ellos, sobre los que tienen dinero en inmensas cantidades y saben que á su lado mueren ó agonizan millares de infelices aldeanos, de macilentos obreros, agobiados ante el terruño ó en el taller ante la cruel perspectiva del hambre propia, y lo que es peor, del hambre de sus hijos que no pueden satisfacer, ni mitigar siquiera con los míseros dos reales ó la triste peseta que ganan... les diría, les pediría por Dios esas cuatro cosas...

¡Luz, mucha luz para esta tierra, cubierta de nubes siempre, en donde la aparición del sol constituye una fiesta, y en donde la lluvia, la ventisca y el granizo perduran en largos días, en inacabables semanas, en eternos meses!... Luz material, sí, pero luz intelectual también. Porque en esa Andalucía cultísima, ilustrada, activa, fecunda en iniciativas, no es posible que nadie imagine esta ignorancia extraordinaria, asombrosa, espantable, del aldeano gallego... esta incultura tan atroz de la aldeana, esta manera de criar los hijos revueltos con el cerdo y las vaquillas, el heno y la yerba, el polvo y el barro, sin que sea posible distinguir lo que es humano de lo que es animal ó vegetal ó piedra, porque todo es uniforme, igual, homogéneo, gris, sucio, mal oliente; todo es un montón informe, que produciría náuseas si no diera tanta tristeza...

¡Calor, mucho calor á esta pobre gente que apenas vive, que no se da cuenta de la igualdad, ni aun siguiera de que es libre, que está en la esclavitud, que ve un señor, un amo, un dueño en el que tiene dinero ó viste bien, que está siempre triste, tan triste como sus vacas, que mugen y miran de otra manera que las de otras regiones; tan triste como la campilla fría, muy bella, pero bella á la manera de una estatua de mármol!

Una señora, ilustradísima y de sentimientos extraordinariamente delicados, me lo decía la otra tarde:

—En todas partes alegría ver el agua en el campo, aquí entristece...

¡Calor, sí! ¡Que viva esta gente! Que marche hacia adelante: que no se estacione en el siglo X en el que ahora está...

¡En qué país del mundo existirá esta resignación de bestia atada que se deja insultar, que se dejaría abofetear y que hace decir al paisano cuando llega de la emigración y se encuentra la familia aumentada con cinco ó seis hijos, en cuya existencia no ha intervenido:

—La vaquilla es mía, pues míos son los chotos.

¡En qué país del mundo hablan las madres con la mayor indiferencia de la muerte y de la emigración—que es peor quizá—de sus hijos? ¡Ah! Es que falta calor... ¿Y cómo han de tenerlo, si se alimentan exclusivamente de berzas cocidas con una pizca de unto, es decir, de manteca de cerdo rancia?

¡Ruido, mucho ruido! Pero ruido útil... porque en estas campañas silenciosas, en donde no

se oye el volar de una mosca y en donde el susurrar del viento entre el follaje causa miedo, mezclado de una tristeza indefinible que tiene uno dentro, muy dentro, desde que se llega á Queveño, la primera estación gallega, hasta que se sale otra vez, en estos campos de la muerte: sueñan de cuando en cuando estampidos terribles, bombas de dinamita, que se hacen estallar por el menor pretexto en las innumerables romerías, funciones, etc., que aquí se celebran; y ese ruido parece que al cesar, por la fuerza del contraste, da más intensidad al silencio inmutable, eterno, de esta región tan triste...

Por eso pido ruido: el ruido de la industria, que es la vida, que es la civilización, que es el progreso... el ruido de la alegría sana, que vivifica, que se respira allí donde hay movimiento, allí donde lo materia se transforma en incesante torbellino y donde no reinan la soledad, el silencio, la obscuridad, el frío que seca el cerebro y hiela el alma...

¡Grasa, mucha grasa, es decir, alimentos! Porque esta gente no come, porque no puede llamarse comer á la ingestión diaria, eterna, de esa bazofia, muy barata, muy tristemente barata, que ellos llaman caldo... Yo os lo aseguro: he hecho ya muchos viajes de Madrid á Santiago y viceversa, y siempre siempre lo he notado. Al llegar á Galicia, los espíritus más insustancia, les, los espíritus más frívolos, esos viajeros que pasan el tiempo en el tren ó comiendo ó cantando ó jugando «a las cartas», empiezan á hablar instintivamente de eso que llamamos *la cuestión social*...

Y es que esto clama al cielo: se ven aldeanas que vienen de muchas leguas de distancia, con inmensos cestos de fruta en la cabeza, y si las dais diez céntimos—un *patacón*, como ellas dicen—os colmarán de bendiciones y os pondrán de «señor», es decir, de *amo*, hasta la coronilla; se ven, en la roca viva, agujeros que desprecian á un perro, y que sirven de habitación á una familia humana, que tiene que combatir constantemente con la tierra para no quedar sepultados, y con el agua y la nieve para no ahogarse; se ven infelices chiquillos que, si les dais una *perriña* porque os trasborden cuatro maletas, catorce sombrereras, cinco cestas y siete portamantas, ¡os dan las gracias y no les ocurre escupiros á la cara!

Se ven pueblos á millares, al otro lado del Miño, enfrente de estaciones del ferrocarril, á cien metros de ella, que tienen, sin embargo, que andar leguas y leguas para atravesar el río, por falta de puente... Se ven... se ven tantas cosas, que, cuando el silbato de la locomotora se siente en aquellos sitios, reforzado por cien ecos de abruptas montañas, se extremece uno, y no puede menos de exclamar:

—¡Madrid de mi alma!

Por eso digo [que, cuando un arrapiezo me pide aquí una cerilla, y pienso que *eso* es grande, es lo que Galicia necesita, se la doy con gusto, y se me figura ver á Madrid, al centro, al sitio donde se gastan y se centuplican capitales, dando á Santiago y á toda la región gallega luz, calor, ruido, alimentos, civilización, progreso, libertad... el pan que produce el trabajo y el trabajo que produce el pan.

JUAN TÉLLEZ Y LOPEZ.

Los sucesos de Barcelona

SIGUE LA HUELGA

Detalles de lo ocurrido en San Martín de Provensals.

Paralizaron los trabajos en todas las fábricas, excepto en dos.

En una hubo colisiones.

Arrollada la benemérita, pidió auxilio á la fuerza montada.

Resultaron varios heridos y contusos.

Desde los balcones hicieron disparos.

Las tiendas se cerraron.

Hubo un pánico horrible.

Murió una mujer que se asomaba á un balcón.

Dícese que también un niño.

En el paseo del Triunfo dióse una terrible carga: varios heridos.

El Gobierno ha enviado instrucciones á Bargés y Manzano, para que logren á todo trance que cedan los patronos metalurgistas, único medio que cree existe de salvar el conflicto.

Desmientense los desórdenes de Manresa.

El *Imparcial* censura el debate de ayer en el Congreso, que desviado de su verdadero punto de vista, limitóse á ataques al Gobierno sin preocuparse del problema social, único que debe atenderse.

Los muelles están desiertos.

Los huelguistas obligaron á parar la descarga del trasatlántico *Buenos Aires*.

Al vapor de Cartagena descargáronlo los artilleros.

El correo de Baleares salió sin incidentes.

Ayer sacáronse de una casa de la ronda de San Pablo cinco muertos y tres heridos.

Es difícil conocer detalladamente los sucesos de Sans, Cruz y alrededores.

La Cruz Roja condujo en camillas muchos heridos.

Según la lista oficial, en la sangrienta colisión de la calle marqués del Duero hubo un muerto y nueve heridos.

En la entrevista de los tipógrafos con los directores de algunos periódicos, negáronse aquellos á trabajar.

Entre los heridos figura el anarquista italiano Neri, expulsado de Francia.

Está moribundo el teniente de la benemérita herido ayer á la puerta de la cárcel.

En la calle de Lauria un sujeto dió una puñalada al dueño de una fábrica.

Perseguido el agresor, disparó su revólver.

Contestaron los soldados de Albuera, hiriéndole de gravedad.

Una comisión de representantes de sociedades de resistencia se presentó á Bargés á manifestarle que no respondían hoy del orden.

Fueron encarcelados.

En Hostafranchs apedrearón la fábrica de Cortina.

Oficial de Barcelona: continúa la huelga.

Un grupo derribó á hachazos la muestra de una panadería.

Sin nuevas colisiones.

La población tiene el mismo aspecto.

Los grupos burlan á la policía, disolviéndose al divisarla y reuniéndose nuevamente.

Está asegurado el abastecimiento.

Circulan los tranvías.

Las fábricas paralizadas, los mercados abiertos y custodiados.

El *Liberal* considera gravísima la situación de Barcelona por la extensión del conflicto.

Excita al Gobierno á atajarlo.

Consulte antes las fuerzas y siendo impotente, confíeselo antes de comprometer á España en lastimoso suicidio.

Hubo colisión en los cuatro cantones y heridos.

En Tarrasa ha habido meeting en la plaza pública: acordaron la huelga general.

Estaban en actitud tumultuaria y se obligaron á cerrar las fábricas.

Weyler ha manifestado al salir de Palacio que la huelga extiéndese á Reus.

González ha negado la exactitud del telegrama de esta madrugada del *Liberal*, que habla de muertos y heridos.

Ejércese rigurosísima censura.

Oficial: el ministerio de la Guerra confirma el intento de incendio del Colegio de Maristas de Sabadell y las colisiones en Barcelona de los huelguistas resultando cuatro muertos, entre la que figura una mujer y un niño y varios heridos y ocho detenidos.

Dos civiles heridos.

En Gracia se han hecho detenciones de huelguistas.

Las colisiones repitense en varios puntos de la población, que ofrece triste aspecto.

Los periódicos de Madrid véndense á altos precios.

Llegó procedente de Reus el regimiento de dragones de Montesa, y de Tarragona el de infantería de Almansa.

Las fuerzas distribuidas en cuatro brigadas, mandadas por Borbón, Bruna, López Díaz y Rubín, ocupan la capital y los alrededores.

En conferencia celebrada á la una de la tarde decía Manzano que había tranquilidad material en Barcelona, Sabadell y Manresa.

Huelgan las fábricas de Lluvia, Dolores y Parera.

Conferenció con los presidentes de varias Sociedades para buscar solución.

Se ha celebrado conferencia telefónica á las seis de la tarde.

En las Ramblas de Cataluña y Centro la tropa hace repetidas descargas á que contestan los huelguistas en igual forma desde las calles, azoteas y balcones.

En la calle de Génova intentaron detener á un carruaje.

El cochero defendióse á trallazos.

El viajero disparó sobre los huelguistas y éstos contestaron hiriendo á un almacenista que se hallaba en su establecimiento.

La fábrica de panificación está protegida por fuerzas del ejército.

Individuos de éste elaboran, protegiéndolos las fuerzas.

Huyeron las monjas de algunos conventos.

Hay escasez de pan y de artículos de primera necesidad.

En el Matadero la benemérita recogió cuatro carabinas y cuatro sables.

El general Weyler ha ordenado que marche á Barcelona, en jornadas ordinarias, un regimiento de caballería, que de agravarse la situación, tomaría el tren en cualquier estación del trayecto.

Mañana marcharán dos batallones de cazadores.

La guarnición de Alcalá de Henares y otras fuerzas de distintos puntos se hallan preparadas para marchar al primer aviso.

A Reus marcharán los batallones de Llerena y Ciudad Rodrigo.

Dícese que también serán enviadas tropas de Jerez y de Valencia, insistiéndose en que se han circulado órdenes á diversos puntos para que se preparen las tropas á marchar enseguida.

El gobierno abriga algún temor de que los carlistas aprovechen las circunstancias actuales para intentar una algarada.

El señor Nocedal ha manifestado que no creía verosímil un levantamiento por ahora.

Cree, además, que no existen trabajos serios en este sentido.

El Gobierno ha conferenciado telefónicamente con las autoridades civiles y militares de Sevilla, Valencia y otras poblaciones.

La *Correspondencia de España* ha publicado el siguiente suelto de carácter oficioso:

«El Gobierno no ha tomado más medidas que las dichas, en expectativa de la actitud que adopten en otras capitales las masas obreras.

Si la cuestión de Barcelona tomara peor aspecto ó la situación actual se prolongase; no es aventurado suponer que se adopten otras medidas.

Ha llegado el diputado catalanista señor Domenech.

Hablando de la gravedad de los sucesos, dice que á su salida de Barcelona reinaba en la población completa anarquía.

Las masas son dueñas del campo, siendo una suerte que no tengan quien las dirija, pues si estuviesen organizadas se hubieran apoderado de la ciudad.

El Gobierno lo sabía.

Nosotros se lo habíamos advertido.

Al señor Sagasta le dijeron también en los mítins se predicaba la revolución social y el del guélllo del neo, y no hizo nada por refrenarlo.

El *Pueblo* de Valencia publica una excitación dirigida á los obreros valencianos, convocándolos á un mitin para que acuerden también la huelga general como prueba de solidaridad; protesta contra los atropellos cometidos en Calatayud.

Dicho periódico ha sido denunciado y recogidos todos los ejemplares.

Noticias varias

En Madrid, en la quinta denominada *Nogueras*, se ha verificado un duelo á pistola entre los señores Fernández Bernal y Blasco Ibañeta.

Cruzáronse un disparo á 25 pasos y otro á 15.

Ambos contendientes resultaron ilesos.

En Espinar chocaron el correo de Santader y un tren de mercancías.

Siete heridos.

Las autoridades de Barcelona han adoptado la medida preventiva de recoger las armas de fuego que usan los empleados de consumos.

La medida ha sido considerada como oportuna, pues de no hallarse los del consumo dispuestos á hacer causa común con los rebeldes, éstos podrían quitársela y servirse de ellas.

Novedades teatrales

«LA TREMENDA»

Puede decirse que la obrita estrenada anoche pasó por *la tremenda*... manera que han tenido los autores de tomar escobas de agua y de allá, y con ellas y con unos cuantos chistes de ingenio romo y color subido, hacer... *¡La Tremenda!*

La zarzuelita en cuestión merece pocas ideas, menos que los aplausos que anoche le prodigó el público; pero no así la escena (que dicho entre paréntesis, es copia premeditada y alevosa de una que existe en *Los carboneros*), que presentaron de modo admirable Teresita Borras y Palmada.

Esos artistas y Sotillo son los únicos artistas que merecieron en la obra estrenada sinceros elogios.

La Sra. Benítez, que exagera los tipos de una manera lamentable, escuchó su miaja de basto neo al final de una escena, en la que se montó como si le hubiese picado la *tarántula*. Qué aquél le sea leve, y... ¡á comprimirse!

Porque, créanos la nerviosa tiple: no son los procedimientos artísticos que usa los más apropiados.